



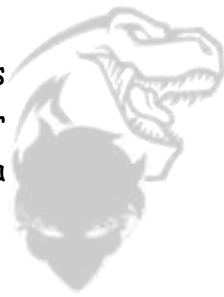
Capítulo 33: ¿Cómo se llamaba de nuevo?

—Bostezo —bostezó Zafiro mientras caminaba con paso firme con la pequeña Viola a su lado—. Debería haber pedido un Uber —comentó.

"Aquí no hay Uber, señorita", respondió Viola.

"Oh, una ciudad de gente sin cultura social actual", comentó Sapphire.

—Bostezo —Zafiro soltó otro bostezo, estirando los brazos; sus grandes pechos amenazaban con salirse de la camisa y reventar los botones. A pesar de la tentadora vista, la criada no anunciada ni siquiera miró el escote de la mujer.



"Concéntrate, Viola, no mires sus oppai..." pensó la criada, girando la cara.

La mujer se lamió los labios provocativamente al ver que Viola no mostraba ninguna reacción ante su belleza.

Esa actitud de la criada era buena; no quería cambiar de criada. "Bien", comentó con una sonrisa.

—¡Uf! —Viola sintió que su alma abandonaba su cuerpo y regresaba.



¡Había estado con esta mujer durante mil trescientos veinticinco años! ¡Sabía cómo comportarse! Afortunadamente, el piloto no tuvo interacción, o ella sabía exactamente lo que sucedería.

¡Habría matado a otro piloto!

«¡Espera, Viola, ¡espera! ¡Tenemos que volver a casa! ¡Sí, volver a Agares!», pensó, despejándose. ¡Ni siquiera podía mostrar la más mínima lujuria delante de esta mujer! ¡Y Viola era heterosexual!

¡Conocía la personalidad de Zafiro! ¡Era un demonio malvado! ¡Uno de los más malévolos! Lucifer lloraría si la conociera. Le gustaba provocar a los pequeños demonios, y cuando estos se dejaban llevar por la lujuria, los castraba y luego los mataba... Al final, era solo un pasatiempo para ella, una broma sádica que disfrutaba cuando se aburría.



¡Y ni hablar de los contratos! ¡Jamás llames a esta mujer para un contrato!

—Bueno, es bastante difícil invocar a un demonio como ella... Quien la invoque tendría que ser... ¿Lucifer? Bueno, tal vez los Arcontes podrían invocarla... y los Serafines... ¡Espera! ¿En qué estoy pensando?

¡Esta diosa de la muerte no puede ser invocada por nadie! Viola estaba perdida en sus pensamientos, caminando adelante y dictando el camino.

Zafiro se crujió el cuello ligeramente mientras seguía estirándose; realmente parecía que había dormido durante años. "Vamos a visitar a mi amigo..." Su rostro se contrajo con confusión. "¿Cómo se llama? No lo sé, ¿Gregory? ¿Nicholas? No lo recuerdo; no debería importar, ¿verdad?"



—Bueno, no importa. De todas formas, voy a lanzar un meteorito aquí —dijo Zafiro, encogiéndose de hombros con indiferencia.

"P-por aquí, señora...", dijo Viola, al ver que se había perdido otra vez... ¿Por qué lo dudaba? Bueno, no importaba. No haría que su señora cambiara de opinión...

—Espera... ¿un meteorito? —Se detuvo al instante, sintiendo un escalofrío en la espalda—. Oh, no... ¿va a morir otro papa? —murmuró Viola.

—Entonces, por tus órdenes, Leon, con un artefacto divino, fue asesinado mientras secuestraba a la hija de la Reina Sitri, mientras las hijas de la Reina Demonio, Agares y Baal, estaban con ella. —Un anciano de unos 65 años interrogó al hombre que tenía delante. Habló con expresión cansada...

Se llevó la mano a la frente y se masajeó las sienes. «La orden era: encontrar e identificar a quienes estaban matando gente en la zona sur de Los Ángeles», comentó con una sonrisa, pero su expresión decía: «Espero que estés bromeando. Por favor, dime que estás bromeando».

"Sí", respondió Makarov, uno de los generales de la Inquisición, llamado para esclarecer la desaparición de una reliquia divina. Hacía dos días que había informado de todo lo ocurrido en el incidente.

La expresión del hombre se desvaneció, ahora con un aire abatido. "Bueno, a todos les llega su hora", murmuró.

"¿Qué... qué quieres decir?", preguntó Makarov con voz temblorosa. Nunca había visto la expresión del Papa tan alterada...





El Papa simplemente sacó un celular de su túnica. "¿Podría venir, por favor?", le dijo a la persona al otro lado de la línea y colgó rápidamente, guardando el teléfono.

Con calma, se reclinó en su silla, observando su vida pasar ante sus ojos mientras esperaba a la persona a la que acababa de llamar.

En poco tiempo, apenas unos segundos después, alguien llamó suavemente a la puerta y entró.

"Su Santidad, Adrián", dijo el hombre en tono neutral pero con gran respeto.

Adrián observó al hombre que acababa de entrar... parecía tener unos 25 años, con cabello y ojos cortos y dorados, barba baja y oscura, de 1,80 metros de altura y vestido con vestiduras sacerdotales blancas.



—General Alexander... Por favor, active la alerta roja —pidió Adrián, y el hombre lo miró con leve curiosidad.

—¿Qué nivel de alarma, Su Santidad?

"Rango SSS."

—Mierda... ¿Ese demonio viene otra vez? —preguntó Alexander con un tono claramente preocupado, percibiendo el miedo de Adrian.

"S-sí...", tartamudeó Adrián. Por primera vez en su vida, vieron al Papa... temblando. "Oh, mierda... Está aquí...", maldijo el Papa mientras miraba por la ventana.



"¡Ven aquí, hijo de puta!" Todos los presentes oyeron un estallido sónico, seguido del sonido de cristales rompiéndose. Rápidamente se protegieron la cara.

El impacto fue tan grande que las estructuras alrededor del lugar del impacto comenzaron a temblar levemente, como un pequeño terremoto, causado sólo por la voz femenina.

¿Q-qué? ¿Qué fue eso? —Makarov se apoyó en la pared, sorprendido de ver explotar el cristal del edificio.

Alexander se levantó de la silla y caminó con cuidado hacia la ventana. «Makarov, ¿sabes qué le pasó al exgeneral al que reemplazaste?», preguntó amablemente.

"¿Murió? Pero desconozco los detalles de su muerte", respondió.

"Sí... Murió. Era un buen amigo, igual que el anterior papa, Nicolás", dijo Alejandro con tristeza. Abrió la ventana y miró a la mujer pelirroja con una amplia sonrisa que dejaba ver sus afilados dientes.

La mujer estaba parada en el centro de la plaza, el pilar de Dios había sido destruido, y junto a ella, una joven doncella se escondía de la vista... Estaba sentada, usando el obelisco sagrado como... una silla...

"E-ella está aquí otra vez..." tartamudeó Alexander, recordando la última vez, cuando era un niño...

"Z-zafiro", Makarov tragó un poco de saliva.





"En efecto", asintió Adrian, "Este demonio ha matado a los últimos diez papas, así como a 54 generales... la última vez, estaba cenando en un restaurante del Vaticano, y cuando nuestro exgeneral intentó acosarla... Lo mató y me dejó una carta de queja diciendo que no podían ofrecer una buena hospitalidad y que estábamos tecnológicamente obsoletos..."

Makarov se quedó boquiabierto de la sorpresa... Incluso creyó haber malinterpretado las palabras del Papa Adrián, pero... "¿Entendido? ¿Vamos juntos entonces?" Adrián sonrió como si bromeara con él.

Adrian suspiró. "Le hiciste daño a la hija de este demonio... ¿Por qué crees que vino?"

¡No lastimé a nadie?! ¡Fue Leon! ¡Además, es Agares! ¡Lastimamos a Sitri! —gritó, intentando defenderse—. ¿Y acaso importa? —preguntó Adrian.

Su rostro quedó destrozado. "¿De verdad crees que a alguien que mató a un general de un solo golpe porque la atacó le importarían tú y tu opinión? Ni siquiera yo, el Papa, le importo."

Él simplemente cerró la boca y no dijo nada.

¿Tiene el poder de atacar la ciudad más grande de la Inquisición del mundo?
¿Va a atacar el Vaticano sola?

—Sé lo que estás pensando, niña, y sí, no solo lo hará, sino que ya lo está haciendo... —murmuró, mirando hacia afuera mientras la luz de la luna bañaba a la mujer de cabello rojo, ahora ligeramente morado.





¡Maldita sea! Si hubiera sabido esta información sobre la zona de operaciones, ¡ni siquiera habría intentado enviar a Leon allí!

—¡Su Santidad! Se oyeron dos voces y pronto dos hombres entraron en la habitación.

—Sí, sí, entiendo... General Gordon, General Lariet —dijo Adrian—. Prepárense para la batalla mientras evacuamos nuestro centro religioso, las iglesias. Los demás vengan conmigo...

Lariet miró por la ventana y vio a la mujer que había hecho un trono con el obelisco. Miró a Makarov. "¿Qué hiciste, idiota?"

"Aparentemente provoqué a un Rey Demonio", dijo sarcásticamente mientras caminaba hacia la ventana.

"Ayuda con la evacuación, joven Makarov", dijo Adrián.

"Sí, Su Santidad...", dijo, inclinando la cabeza y saliendo rápidamente de la habitación. "Tsk, otro inútil", espetó Gordon.

"Es un poco culpa mía...", dijo Adrian. "Al menos sigue siendo bastante hermosa; cada día está más despanpanante...", dijo Lariet antes de recibir un codazo en el estómago.

¡Aaaahhtrgt, hijo de puta! —Silencio. Sigue siendo un demonio, deja de fingir que todo está bien —interrumpió—. Ahora vámonos —ordenó Gordon, y Lariet simplemente obedeció.





...

—Hola, seguro que el acuerdo fue bastante claro, ¿verdad? No te metas con la realeza demoníaca, pero lo hiciste, qué gracioso, señor no sé su nombre —dijo Zafiro, dirigiéndose al anciano que se acercaba tranquilamente a ella.

El hombre suspiró, sabiendo que ni siquiera debería saber su nombre. "Soy Adrian, sé que no me recuerdas", comentó, pero a ella no le importó en absoluto.

"¿Hm? ¡Ay, sí, a la mierda!", respondió con indiferencia, haciendo temblar de ira a los dos generales a su lado. Simplemente sonrió con malicia mientras cruzaba las piernas con elegancia y los observaba. "No se me dan bien los nombres, solo los que me marcan de verdad", comentó. "Sabes, somos viejos."

"No me pareces viejo", dijo Lariet con una sonrisa nerviosa, pero su expresión rápidamente se oscureció en puro miedo cuando sintió la pura intención asesina de Sapphire.



—Eso sí que le ha hecho cagarse de miedo... tsk, qué aburrido. —Vio, perdiendo el interés, mirando al hombre como si fuera un insecto.

—Señorita... cálmese... —murmuró Viola—. Ah, claro. Venganza, eso es todo.
—Dijo mientras se levantaba y los tres se alejaban.

—Tsk, qué aburrido... horas de vuelo para nada... Debería haber ido a ver a mi hermosa hija —murmuró.